

DE BUENAS LETRAS

Criaturas y creadores del Mediterráneo

ANTONIO CHICHARRO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Desde siempre me atrajo el nombre del mar Mediterráneo, palabra con la que nombramos desde luego algo más que un ancho mar interior en medio de tierras del sur de Europa, de las más occidentales de Asia y del norte de África, donde mueren, entre otros muchos y con sus arrastres de cultura, los ríos Ebro, Ródano, Tíber y Nilo y donde florecieron culturas como las de los egipcios, fenicios, hebreos, cartagineses y aquellas que directamente sustentan aún hoy nuestras vidas, la griega y la romana.

Pues bien, en la cuenca del Mediterráneo, unas criaturas humanas, nuestros ancestros, movidas por la escasez y necesidad se agruparon primero en poblados y aldeas para llegar a construir luego ciudades, entre dioses únicos y humanos deificados, semidioses y otros desheredados de la trascendencia, ayudados por la domesticación de animales y el aprendizaje del cultivo –sobre todo– de la vid, el olivo y el cereal, cuyos frutos vienen siendo desde entonces sustento vital y simbólico de sus habitantes y culturas. En esta parte de nuestro hemisferio norte, sin que ignoremos ni despre-

ciemos lo que ocurriera en zonas de Asia y otras zonas del planeta como la por siglos ignota América, empezó nuestro sometimiento de la naturaleza –hasta el grado en que pueda serlo, claro está– y, con el mismo, se dio el decisivo paso que convirtió a los animales humanos en seres de cultura, esto es, en seres históricos, seres que quisieron asemejarse a los dioses que crearan. Probablemente por eso, con el surgir de la conciencia, comiencen a llenarse de sentido los relatos ya míticos ya bíblicos, pero de igual demoledor resultado por su efecto de caída y de ruptura del ideal orden primitivo establecido, de la Edad de Oro perdida o de la expulsión del paraíso.

En el Mediterráneo, las criaturas humanas comenzaron a emular, como digo, a sus dioses y, puesto que ya también creadores, supieron levantar al menos el alto edificio del pensamiento y la conciencia al dar rienda suelta a su capacidad creadora ya cantando las hazañas de los héroes ya haciendo sufrir trágicamente a verosímiles entes de ficción en los anchos escenarios de la tarde de días azules y luminosos ante la espantada mirada de es-

pectadores sentados en semicírculo en teatros excavados en colinas donde así purgaban sus almas para seguir viviendo.

En el Mediterráneo, más en concreto, en la Grecia antigua, por decirlo en síntesis con las sabias palabras de Emilio Lledó, y movidos por la necesidad de «mirar y entender», se produjo «el descubrimiento del logos, de la racionalidad que se oculta en el lenguaje» y «esa singular forma de relacionarse con el mundo –escribe Lledó– estuvo orientada por una serie de ideas que configuraron el espacio ideológico –teórico– de todas las creaciones de los griegos. La naturaleza (physis), la política (pólis), el lenguaje (lógos) el saber (epistéme, sophía), la educación (paideía), el bien (agathón), la justicia (dike), etc. no sólo fueron términos de esa peculiar manera de vivir y relacionarse con el mundo sino que, como es sabido, determinaron todo el desarrollo de lo que habría de llamarse cultura occidental».

Aquí halla su explicación el hecho de que tanto me atraiga el nombre de este Mare Nostrum, como lo llamaban los romanos; o mar intermedio, como se dice en árabe; o mar blanco así nombrado por los turcos, entre otros nombres dados. En todo caso, este mar en medio de tierras con su tan atractivo y apropiado nombre fue la condición de posibilidad de las creaciones de esos órdenes que constituyen las raíces culturales originarias más profundas de cuanto somos y hacemos, sin que la conciencia de este origen nos lleve a olvidar los nuevos órdenes que nos hibridan y en los que nos desenvolvemos y que no son otros que los de la mundialización y el ciberespacio: de un mar interior a un ancho mundo abierto y digitalizado.